



Trabajo y Sociedad

Sociología del trabajo – Estudios culturales – Narrativas sociológicas y literarias

NB - Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet)

Nº 46, Vol. XXVII, Verano 2026, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871 - www.unse.edu.ar/trabajosociedad



La crisis capitalista y los impactos de las políticas neoliberales en la fermentación del proceso de fascistización en Brasil

The capitalist crisis and the impacts of neoliberal policies in the fermentation of the fascistization process in Brazil

Crise capitalista e os impactos das políticas neoliberais para a fermentação do processo de fascistização no Brasil

Douglas Ribeiro Barboza¹

Recibido: 03.08.2025

Aceptado: 12.11.2025



Resumen

Este artículo tiene como objetivo analizar cómo los impactos de las políticas neoliberales y la consecuente profundización de la crisis económica y social en los países latinoamericanos han aumentado la conciencia sobre la frágil condición de la “democracia vulgar” en la región y las debilidades del incompleto y precario proceso de democratización de sus regímenes políticos. Demostrará cómo, en la particularidad brasileña, las contradicciones generadas por la prescripción de ajustes estructurales y las decisiones económicas y políticas formateadas para enfrentarlos (ya sea por la vía neoliberal o por la vía social-liberal) contribuyeron objetivamente a la fermentación de una escalada autocrática con claros rasgos fascistas que se concretó después del golpe de 2016, y se revela más claramente con la consolidación del gobierno de Jair Bolsonaro entre los años 2019-2022, explicando cómo el poder y la violencia se consolidaron como instrumento de resolución de conflictos políticos y cuáles fueron las principales consecuencias para las luchas de la clase trabajadora en el país. *Palabras clave:* Neoliberalismo; Democracia; Procesos de Fascistización; América Latina; Brasil

Abstract

This article aims to analyze how the impacts of neoliberal policies and the consequent deepening of the economic and social crisis in Latin American countries have increased awareness about the fragile condition of “vulgar democracy” in the region and the weaknesses of the incomplete and precarious process of democratization of their political regimes. It will demonstrate how, in the Brazilian particularity, the contradictions generated by the prescription of structural adjustments and the economic

¹ Profesor Adjunto de la Escuela de Trabajo Social de la Universidade Federal Fluminense, Niterói/Rio de Janeiro, Brasil. Profesor del cuerpo permanente del Programa de Estudios de Posgrado en Política Social (PPGPS - UFF). Miembro del Centro de Investigación y Extensión en Trabajo, Educación y Servicio Social, de la Universidad Federal Fluminense (TEIA – UFF). Coordinador del Grupo de Estudio sobre Marxismo y Realidad Brasileña (GEMARB - UFF). *ORCID:* <https://orcid.org/0000-0001-8151-8511>. Correo electrónico: douglasrb@id.uff.br

and political decisions formatted to confront them (whether by neoliberal means or by social-liberal means) objectively contributed to the fermentation of an autocratic escalation. with clear fascist features that materialized after the 2016 coup, and is revealed more clearly with the consolidation of Jair Bolsonaro's government between the years 2019-2022, explaining how power and violence were consolidated as an instrument for resolving political conflicts and What were the main consequences for the struggles of the working class in the country.

Keywords: Neoliberalism; Democracy; Fascistization Processes; Latin America; Brazil

Resumo

O presente artigo objetiva analisar como os impactos das políticas neoliberais e o consequente aprofundamento da crise econômica e social nos países latino-americanos potencializaram a consciência da frágil condição da “democracia vulgar” na região e das debilidades do incompleto e precário processo de democratização dos seus regimes políticos. Demonstrará como, na particularidade brasileira, as contradições geradas pelo receituário dos ajustes estruturais e as decisões econômicas e políticas formatadas para o seu enfrentamento (seja pela via neoliberal, ou pela via social-liberal) contribuíram objetivamente para a fermentação de uma escalada autocrática com claros traços fascistas que se formata a partir do golpe de 2016, e se revela com mais clareza a partir da consolidação do governo de Jair Bolsonaro entre os anos 2019-2022, explicitando como o poder e a violência se consolidaram como um instrumento de resolução de conflitos políticos e quais foram as principais consequências para as lutas da classe trabalhadora no país.

Palavras-chave: Neoliberalismo; Democracia; Processos de Fascistização; América Latina; Brasil

SUMARIO

1. Introducción; 2. Los impactos macroeconómicos de la fase actual de mundialización financiera y su carácter regresivo; 3. América Latina como “laboratorio privilegiado” de una nueva moda liberal y de la debilidad congénita de la democracia; 4. Escalada autocrática y proceso de fascistización en Brasil: el Gobierno de Bolsonaro; 5. Consideraciones finales; 6. Referencias; 6. Documentos

1. Introducción²

La fase actual de globalización financiera ha impulsado la penetración de la lógica del mercado en ámbitos cada vez más amplios de la vida humana, provocando impactos macroeconómicos que, con el aumento de la acumulación de capital y la propiedad privada, han acentuado la pobreza, la desigualdad social y la inequidad económica. Estos impactos provocaron un aumento del desempleo estructural masivo, la precariedad de las condiciones laborales, la expansión de la pobreza absoluta y relativa y los flujos migratorios, tanto a escala nacional como internacional. Se introduce una lógica mercantil en los ámbitos de la educación, la salud, la seguridad social, la cultura, etc., dispensándolos en función de la solvencia de los individuos, y debilitando su reconocimiento como derechos humanos conquistados progresivamente a través de las luchas sociales.

En la batalla por el ajuste estructural desde perspectivas neoliberales, el blanco preferido de los gobiernos fueron las políticas públicas sociales, consideradas la causa principal del déficit público. En los países donde el Estado de Bienestar ya estaba estructurado, este proceso de desmantelamiento total enfrentó el impedimento de las fuerzas organizativas de la sociedad civil y de la propia burocracia estatal. Por otro lado, en los países periféricos (donde el Estado de Bienestar no se constituyó en su expresión “clásica”), las precarias condiciones sociales de la gran mayoría de la población empeoraron cada vez más con las pérdidas irreparables sufridas por las políticas sociales universales, como la Seguridad Social, la Salud, la Asistencia y la Educación Básica. El restablecimiento de la lógica

² La traducción de este artículo se realizó con el apoyo de la Fundação Carlos Chagas Filho de Amparo à Pesquisa do Estado do Rio de Janeiro (FAPERJ)

unilateral del capital se expresó a través de políticas establecidas que trajeron el retorno de bloques *antitrabajadores* y antipopulares, como el desmantelamiento de las políticas de pleno empleo y la búsqueda sistemática de un objetivo de restablecer el desempleo, la relajación del sistema fiscal (en beneficio de los más ricos), desregulaciones, privatizaciones, altas tasas de interés y la reducción del gasto público social.

Este artículo tiene como objetivo analizar cómo los principales impactos de las políticas neoliberales y la consecuente profundización de la crisis en los países latinoamericanos aumentaron la conciencia sobre la frágil condición de la “democracia vulgar”³ en la región y las debilidades del incompleto y precario proceso de democratización de los regímenes políticos que se desarrollaron aquí.

Bajo el terreno de un proceso de crisis estructural del capital, el escenario contemporáneo se caracteriza por una rearticulación política de sectores de derecha y extrema derecha que, rescatando ideas fascistas y neoconservadoras objetivadas en nuevas combinaciones, comienzan a insertarse en diferentes funciones políticas – movimientos sociales, dirigencias de partidos políticos y cargos gubernamentales y parlamentarios. A escala global, esta extrema derecha está ligada a premisas como “nacionalismo y patriotismo; el rescate de las tradiciones; anticomunismo y antisemitismo; racismo y xenofobia contra inmigrantes y minorías” (Barroco, 2022:14). Además, la vida cotidiana está marcada por la exaltación de la familia patriarcal y sus valores, como la autoridad del padre; la defensa de la ley y el orden; *antiintelectualismo*; la desarticulación del bienestar público; la exclusión de grupos sociales minoritarios y su deshumanización y/o exterminio.

En medio de estas transformaciones, Brasil comenzó a experimentar el fortalecimiento de una ideología reaccionaria, basada en el conservadurismo moral, la retórica nacionalista y contraria a las cuestiones sociales que involucran a los sectores subordinados de la sociedad (Ramos, 2020). Esta conformación ideológica incorpora y propaga la naturalización y valorización positiva de la fragmentación y dispersión socioeconómica, “ideológicamente defendida fomentando el individualismo competitivo agresivo y el éxito a cualquier precio mediante la astucia, para operar con procedimientos de mercado” (Chauí, 2016: 20).

Considerando que la crisis que atraviesa la región está cada vez más marcada por tendencias económicas y decisiones políticas a través de las cuales buscamos enfrentar las contradicciones generadas por la prescripción de ajustes estructurales, demostraremos que, en la particularidad brasileña, tales contradicciones y decisiones económicas y políticas fueron los pilares de la construcción de un proceso de fascistización en Brasil, cuya expresión se revela más claramente con la consolidación del gobierno de Jair Bolsonaro entre los años 2019-2022.

2. Los impactos macroeconómicos de la fase actual de mundialización financiera y su carácter regresivo

Los rasgos regresivos del actual período histórico aparecieron cuando, a mediados de la década de 1970, la dinámica capitalista fue testigo del agotamiento de la larga onda expansiva observada en los treinta años anteriores y la configuración sucesiva de una etapa de recesión generalizada vivida de manera inédita por el economía mundial capitalista desde la posguerra y que involucraba simultáneamente a todas las grandes potencias imperialistas; una larga onda recesiva formada por la abrupta caída en el ritmo de crecimiento económico y las tasas de lucro⁴. Una de las expresiones inequívocas de este proceso fue la deconstrucción y la “crisis del Welfare State”, desencadenada por la ofensiva capitalista puesta en marcha por la burguesía monopolista, cuyo objetivo principal era hacer del mercado el único regulador de la sociedad, amputando “la funciones democrático-reguladoras que la presión de las organizaciones de operarios y trabajadores logró inscribir al estado burgués hasta la sexta década del siglo pasado. (Braz y Netto, 2007: 146).

La resistencia obrera realizada a través de acciones organizadas capaces de paralizar el proceso productivo y la profundización de las luchas de clases en los países centrales resultó en obstáculos internos a la plena expansión de la lógica capitalista, lo que resultó en la imposición de cambios

³ Sobre la construcción del concepto de “democracia vulgar”, ver: Barboza (2014, 2022)

⁴ Al respecto, cfr. Harvey (2005), Husson (1999) y Mandel (1982;1990).

significativos tendientes a enfrentar las dificultades para aumentar la revalorización del capital y revertir la situación francamente negativa. Esta ofensiva se concretó en una estrategia política global que no se limitó al ataque a importantes vectores sociopolíticos (de los cuales la presión organizada de los trabajadores fue el más decisivo), a través, por ejemplo, de la imposición de medidas legales restrictivas que redujeron el poder de intervención del movimiento sindical.

Al mismo tiempo, se introdujeron cambios en los circuitos productivos que desplazaron progresivamente el patrón que se consolidó en las “tres décadas doradas”, reemplazando el modelo de acumulación fordista-taylorista y su mecanismo de regulación sociopolítica (keynesianismo), por la modalidad de acumulación flexible, legitimada ideológicamente por lo que se ha difundido bajo el nombre de neoliberalismo. El protagonismo de los monopolios siguió siendo el centro de la dinámica del capitalismo en su configuración contemporánea; sin embargo, en un contexto de importantes cambios experimentados por la economía, los procesos de desregulación y liberalización derivados de la “revolución conservadora” iniciada en Estados Unidos y Reino Unido (entre 1979 y 1981) otorgaron al capital una inmensa movilidad internacional en términos de intercambios, de inversiones directas y flujos financieros, y estimuló procesos de fusiones y adquisiciones de empresas que dieron como resultado la formación de grupos industriales transnacionales que comenzaron a ejercer un control creciente en los más diferenciados sectores de la producción, las finanzas, el comercio, los medios de comunicación de masas y un amplia gama de servicios. Estos gigantescos monopolios asumen formas cada vez más concentradas y centralizadas de capital industrial y están en el centro de una lógica de acumulación que condena a segmentos crecientes de la población mundial a la miseria y al despotismo del mercado.

Siguiendo el análisis de Chesnais (2000), el conjunto de acumulación está ahora comandado por la asociación entre estos grandes grupos industriales transnacionales y las instituciones financieras – principalmente, las denominadas instituciones financieras “no bancarias”: compañías de seguros, fondos de pensiones, instituciones de inversión colectiva y fondos mutuos –, configurando, bajo el apoyo de los Estados Nacionales, un modo específico de dominación social y política del capitalismo; un modo de funcionamiento ordenado según las prioridades de un capital financiero con fuertes rasgos rentistas, menos preocupado por la producción de riqueza (o, mejor, por el valor y la plusvalía) que por la apropiación de una fracción muy importante de lo que se crea socialmente; un modo de funcionamiento situado en un marco político e institucional de la prolongación del imperialismo y que ahora se entiende por lo que convencionalmente se denomina mundialización del capital.

Diferente de ser un hecho “natural”, un producto ineludible de los avances científicos y tecnológicos en el campo de las tecnologías de la información y la comunicación, esta mundialización debe ser vista como el resultado de un proyecto cuidadosamente promovido por las burguesías de los países centrales y llevado a cabo por los gobiernos que la representan. La mayor parte de los frenos y salvaguardas que antes habían contenido y canalizado la actividad de los capitales fueron superados gracias a las medidas de liberalización y desregulación que se extendieron tanto a un número cada vez más importante de actividades económicas y sociales como a una cantidad potencialmente creciente de países.

Las formas de “adhesión” impuestas a los países “más débiles” empiezan a exigir de sus gobiernos una aplicación cada vez más estricta no sólo de un enfoque común de liberalización, desregulación, privatización y desmantelamiento de conquistas sociales y democráticas, sino también de reglas únicas en materia de la política monetaria y fiscal y la relación salarial, generalizando la combinación de una política de defensa del capital de préstamo (con tipos de interés positivos e inflación cero), con una política de alivio de la carga fiscal sobre el capital, transfiriéndola a la renta del trabajo (Chesnais, 1996: 23-44).

La liberalización de las inversiones y del comercio exterior conduce a un brutal empeoramiento de la relación salarial, allanando el terreno sobre el que se asienta el movimiento general del capitalismo global. Sin embargo, para comprender mejor este régimen de acumulación, se debe partir de la premisa de que, de manera cada vez más clara, sus tendencias esenciales están comandadas “por las operaciones y opciones de un capital financiero más concentrado y centralizado que en cualquier período anterior del capitalismo”; En otras palabras, el ámbito financiero es la piedra angular de esta construcción, ya que establece los parámetros y criterios según los cuales se distribuye la riqueza creada en el proceso productivo, poniéndola “en manos del capital que se valora a través del sesgo de la economía financiera

en bonos y acciones o mediante préstamos, un poder que no tenía desde la década de [19]20” (Chesnais, 1998:7-8).

La subordinación de otros sectores de la economía al imperio del capital financiero fue una de las consecuencias del ascenso de la burguesía financiera internacional al puesto de mando del proceso de acumulación capitalista, dado que las tasas de interés fijadas por los oligopolios financieros maximizan las ganancias de esta fracción de la economía, como consecuencia del hecho de que la misma controla gran parte de los recursos financieros requeridos por el proceso productivo. Además, la visión a corto plazo del horizonte temporal en el que se realizan las transacciones propias de la esfera predominante del capital financiero presiona los tiempos de valorización del capital industrial, distorsionando extraordinariamente su potencial de creación de riqueza y dictando el comportamiento de las empresas y decisores capitalistas, además de reflexionar sobre el nivel y orientación sectorial de la inversión productiva (Chesnais, 1996: 16).

El funcionamiento y dominación operado por el capital transnacional y los inversionistas financieros – bajo la intervención activa de los cuerpos políticos de los Estados nacionales en el lastre de los lineamientos de los organismos internacionales – es camuflado por el “fetichismo” de las formas de apreciación del capital de una naturaleza específicamente financiera. El discurso de la “personificación” de los mercados presenta a las finanzas como poderes autónomos frente a las sociedades nacionales, como si fuera posible generar, en el circuito cerrado de las finanzas, una masa de ingresos independientemente de la retención que haga de las ganancias y salarios creados en la producción directa, ocultando así el “detalle” innegablemente relevante de que esta esfera estrictamente financiera no puede generar nada por sí sola, ya que se nutre “[...] de la riqueza creada por la inversión productiva capitalista y por la movilización de la mano de obra dentro de su ámbito, aunque aparezca de forma fetichizada” (Iamamoto, 2007: 109).

De esta forma, la actual fase de mundialización financiera impulsa la penetración de la lógica del mercado en dominios cada vez más amplios de la vida humana, provocando impactos macroeconómicos que acentúan la pobreza, la desigualdad social y la inequidad económica, provocando desempleo masivo, empobrecimiento y exclusión tanto a nivel nacional como internacional. La lógica mercantil se introduce en los campos de la educación, la salud, la seguridad social, la cultura etc., dispensándolos según la solvencia de los individuos, y debilitando su reconocimiento como derechos humanos progresivamente conquistados por las luchas sociales. El modelo societario actualmente impuesto se basa en la lógica excluyente del capital y en la afirmación de que la adecuación al mismo es la única alternativa idónea para los trabajadores; colocándose, por tanto, como lo opuesto a lo propuesto durante la posguerra del capitalismo monopolista, donde el compromiso entre lógicas societarias contradictorias obligaba al capital a ajustarse a las demandas de los trabajadores y las masas populares.

En otras palabras, la lógica de máxima ganancia que rige el modo de producción capitalista no se encarga de sostener las condiciones de pleno empleo, ciudadanía, crecimiento salarial (paralelo a la productividad), seguridad social, industrialización con participación estatal, redistribución del producto interno a través de impuestos, reforma agraria y colectivización. Estas condiciones, de hecho, expresan las ambiciones de proyectos societarios populares y nacionalistas antisistémicos (Boron, 2001).

En la medida en que persista la liberalización financiera, la desregulación y la liberalización comercial, el capital monetizado puede realizar grandiosos negocios (y obtener ganancias en tales proporciones) aun cuando la situación económica se concrete en un contexto de recesión, disminución del consumo popular y desempleo masivo – dado que su prosperidad ya no depende del dinamismo del mercado interno (como en el período keynesiano), es decir, las condiciones que requiere el capital financiero para lograr su fortuna están totalmente desvinculadas del bienestar colectivo o de los consumos populares. Este fuerte componente parasitario y depredador característico de sus posibilidades de desarrollo señala un impacto negativo en la estabilización de la democracia, confirmando las proposiciones de Husson (2006) de que, con esta mundialización (y su combinación heteróclita de instituciones), coexiste una tendencia a la disminución en el control democrático, con la configuración de un Estado fuerte y conciso que desprecia el tipo de consenso social de los años de crecimiento, con claras tendencias antidemocráticas.

Las democracias modernas surgieron de un lento y desigual proceso de incorporación de la mayoría de la población a la ciudadanía, en el que ambas formas de resistencia (centradas, en su mayor parte, en

la oposición entre capital y trabajo, y con la relevancia de la participación de sindicatos y partidos socialistas y comunistas), así como las luchas libradas en el campo directamente político, condujeron a una reducción del desempleo (el riesgo específicamente proletario) a través de formas compensatorias establecidas por una creciente intervención estatal. Las demandas populares por su incorporación al campo de la política dieron como resultado formas de acción política que, hasta entonces, mantenían importantes marcas derivadas de su propio nacimiento: la extensión de los procedimientos democráticos (en su forma subordinada de ciudadanía) mantuvo su carácter incompleto (y, por lo tanto, enmarcado o domesticado desde sus inicios), pero logró imponer limitaciones a ciertas prácticas mercantiles, incluso si estas limitaciones (y esto es importante no despreciarlo) se dieron dentro de la propia lógica capitalista.

La particularidad del capitalismo contemporáneo radica en el hecho de que las regulaciones impuestas al capital como resultado de las luchas del movimiento obrero y de las clases trabajadoras ahora son destruidas por él. El restablecimiento de la lógica unilateral del capital se expresa a través de políticas instituidas que reflejan el retorno de bloques antiobreros y antipopulares: el desmantelamiento de las políticas de pleno empleo y la búsqueda sistemática de un objetivo de restablecimiento del desempleo, la flexibilización del sistema tributario (en beneficio de los más ricos), la desregulación, la privatización, las altas tasas de interés y la reducción del gasto público social. Al desmantelar las barreras políticas y fiscales, la “*financiarización*” transnacionalizada contribuye a debilitar la capacidad de intervención de los Estados sobre los capitales, suprimiendo el control sobre los más diversos tipos de transferencias de capital – ya sean de inversión o de aplicación especulativa –, además de adoptar el principio de cambios libres flotantes (Houtart, 2001: 26).

Según el análisis de Netto (2007: 157-162), el ritmo acelerado de los procesos de concentración y centralización del capital ocurridos en los últimos cincuenta años (directamente conectados con la acentuada concentración de la propiedad) resultó en el desarrollo de nuevas interacciones entre los grupos monopolistas (anclados en organizaciones que se convirtieron en megacorporaciones empresariales), bajo los cuales se aseguraba un poder de decisión especial a un círculo restringido de hombres (y mucho más restringido de mujeres) pertenecientes al último escalón de estas articulaciones. Gobiernos y Estados se instrumentalizan para los fines estratégicos de un grupo restringido, revelando la impotencia de los institutos democráticos convencionales frente al enorme poder económico y político concentrado en manos de esta “nueva oligarquía de megacorporaciones transnacionales”, que a través de agencias, instituciones y entidades supranacionales (FMI, Banco Mundial y organismos vinculados a la ONU), ejercen una enorme presión sobre los estados capitalistas más débiles, lo que les permite imponer un arco de políticas que engloba tanto medidas menos integrales como medidas macroeconómicas – a menudo destinados a “ajustes estructurales”.

La concentración del poder económico ha provocado y está provocando una enorme concentración del poder político. Aquí se revela claramente el carácter antidemocrático del capitalismo monopolista contemporáneo: al mismo tiempo que descalifican la política, flanqueando a los órganos representativos (parlamentos, asambleas legislativas) o haciéndoles sentir el peso de sus lobbies, estas “élites orgánicas” del gran capital – empresarios, ejecutivos, analistas, científicos, ingenieros – realizan su política, tomando decisiones estratégicas que afectan la vida de miles de millones de seres humanos, sin conocimiento ni participación alguna de estos (Netto, 2007: 158).

Las formas explícitas de segregación se amplifican significativamente mientras asistimos al crecimiento del desempleo y la precariedad de las relaciones laborales. La desigualdad social se profundiza, a escala planetaria, dado que los segmentos más ricos comienzan a apropiarse de porciones cada vez mayores de la riqueza, en la misma proporción que los segmentos más amplios y pobres ven una reducción progresiva de su participación. Sin embargo, la continuación de procesos de explotación y dominación con creciente barbarización de la vida social ha sido comúnmente justificada en nombre de la democracia. La división de clases, las desigualdades, la nueva explotación del trabajo y las nuevas formas de colonialismo se disfrazan con estos simulacros de democracia que, detrás de la aparente participación electoral y la eficiencia jurídico-administrativa, venden la imagen de la armonización en un solo sistema.

Los países centrales no tuvieron que preocuparse por reclamar la exclusividad en este proceso de vaciado de contenido democrático de las formas tradicionales de representación política – bajo el cual las alternativas políticas sufrieron una drástica reducción que, paulatinamente, contribuyó a la reducción del papel de la participación popular y la democracia a una disputa puntual por los mercados electorales – ya que su incidencia alcanzó mayor fuerza en los Estados nacionales periféricos, con la restricción y erosión de su soberanía y autonomía⁵.

En el caso de América Latina, el proceso de reinstitucionalización de la democracia desarrollado a partir de la década de 1980 puede haber representado un avance político significativo en la región, donde países con poca o ninguna tradición democrática previa comenzaron a reconocer instituciones y procedimientos que permitían la inclusión formal de millones de ciudadanos en el proceso de elección de élites políticas encargadas de decisiones colectivas. Sin embargo, el modelo de democracia desarrollado terminó convirtiéndose efectivamente en un mecanismo de gobernabilidad, preservando los conflictos en la medida en que filtra y controla las demandas sociales a niveles tolerados por el sistema, en una concepción que sólo con esta referencia se puede asimilar la democracia con gobernabilidad en tiempos actuales.

Sin duda, esta debilidad congénita de la democracia política en los países latinoamericanos ha cobrado nuevos rasgos a raíz de los “planes de ajuste estructural” propuestos por los organismos financieros internacionales para superar los desequilibrios macroeconómicos, financieros y productivos ocurridos a escala internacional desde la década de los años de 1970, planes éstos que han sido implementados en las últimas décadas por gobiernos democráticamente electos, y que, como ya se señaló, han implicado – analizado desde el ángulo de la correlación de fuerzas entre capital y trabajo – un notable aumento del poder económico, social y político de los sectores más transnacionalizados del capital que son beneficiarios directos de los procesos de concentración y centralización, en paralelo al desastre social atribuido a las masas trabajadoras y a las clases subalternas.

Consustanciado por (contra)reformas de carácter neoliberal, este ajuste debilita exponencialmente las capacidades de las instituciones estatales en materia de acción y coordinación general de las políticas públicas, socavando la acción del Estado como agente de desarrollo e integración social, de valorización y eficacia de los servicios públicos y de la administración pública, desmantelando así los cimientos de la constitución de los actores sociales y de la representación simbólica colectiva de la comunidad política.

3. América Latina como “laboratorio privilegiado” de una nueva moda liberal y de la debilidad congénita de la democracia

La crisis de la deuda de los países latinoamericanos, a principios de los años 1980, generó déficits en las balanzas de pagos que hicieron inviables proyectos de desarrollo para la región, donde sus gobiernos se dedicaban fundamentalmente a buscar balanzas comerciales que pudieran reducir estas cifras (Sader, 2003). Teniendo como referentes fundamentales las hiperinflaciones implícitas en este proceso, los objetivos de desarrollo fueron reemplazados por los de estabilidad monetaria, convirtiéndose en el impulsor principal del proceso de siembra de políticas neoliberales en América Latina, considerando la inflación como la fuente de los problemas que generaron el estancamiento económico, el deterioro de los servicios sociales y de la infraestructura del Estado y el empobrecimiento generalizado de la población. En estas condiciones, la región se configuró como un escenario ideal y laboratorio “privilegiado” para la implementación de políticas neoliberales, donde sus primeras experiencias históricas tuvieron lugar en Bolivia y Chile, bajo el efecto de la propaganda de los gobiernos de Reagan y Margaret Thatcher.

⁵ No descartamos aquí la percepción de que este proceso de vaciado de contenido democrático, así como los impactos y consecuencias de la implementación de los programas de ajuste estructural propuestos por los organismos financieros internacionales a los países menos desarrollados (subdesarrollados, periféricos), deben ser observados ponderando la inmensa variedad de situaciones referentes a estos países, considerando que América Latina, África y Asia no sólo presentan diferencias significativas entre ellos, sino que tampoco pueden ser considerados como unidades homogéneas.

La reducción del gasto del Estado se convirtió en el principal objetivo de los gobiernos que querían superar la inflación, recomendando la privatización de empresas y la contención del gasto en funcionarios y servicios sociales del Estado (educación, vivienda, salud y saneamiento básico). Estos argumentos demostraron, en su fase inicial de aplicación, una eficacia inmediata, cuyos efectos fueron rápidamente difundidos y reproducidos por los organismos publicitarios internacionales y retomados localmente por los medios de comunicación y los elementos económico-democráticos del gran capital.

La nueva moda liberal, basada en el proceso de "modernización" económica en Chile y la superación de la hiperinflación en Bolivia, obtuvo amplia aceptación. El giro latinoamericano hacia el neoliberalismo continuó con la elección (fraudulenta) de Salinas en 1988 en México; seguida, en 1989, por la presidencia de Carlos Menem en Argentina y la segunda llegada al poder de Carlos Andrés Pérez en Venezuela; se completó con la elección de Fujimori, en 1990, en Perú. Una triste coincidencia entre los tres últimos candidatos es que comenzaron su campaña prometiendo exactamente lo contrario de las políticas radicalmente antipopulares que implementaron en los años noventa.

Particularmente en Brasil, la transición entre finales de los años 1980 y principios de la siguiente década se concreta en un amplio proceso regresivo basado en los postulados de las prescripciones neoliberales. Si las luchas sociales comprometidas con la necesidad de transformaciones profundas en el rumbo político y económico del país lograron alcanzar algunos logros en la Carta Constitucional de 1988, estos fueron violentamente atacados por las fuerzas de la sociedad alineadas con las directrices de los organismos multilaterales encargados de tomar las decisiones estratégicas del capital. Se comienza a presionar para redefinir las funciones del Estado, aboliendo su control sobre el movimiento de capitales y las condiciones de utilización de la fuerza laboral, además de eliminar sus obligaciones de proteger y garantizar las políticas sociales públicas para que sus actividades en el ámbito económico y social pudieran entregarse a empresas privadas. El giro hacia este conjunto de (contra)reformas neoliberales - centradas fundamentalmente en políticas de ajuste, privatización, desregulación y flexibilización de las leyes laborales - comenzó en 1990, con los gobiernos de Fernando Collor de Mello e Itamar Franco. Collor implementa un plan para estabilizar la economía mediante la adopción de políticas deflacionarias y una serie de medidas extremas (como, por ejemplo, congelar precios y salarios, bloquear el ahorro, despedir a funcionarios públicos e introducir una nueva moneda), acompañado de una política monetaria restringida y el fortalecimiento de la apertura comercial, con la adopción de medidas de liberalización del tipo de cambio y otras acciones encaminadas a abrir la economía brasileña al capital internacional. Habiendo fracasado en sus políticas de estabilización y envuelto en escándalos de corrupción, Collor fue acusado a finales de 1992, y su adjunto Itamar Franco continuó el programa de reformas liberalizadoras y privatizadoras, logrando momentáneamente la estabilización económica a través del "Plano Real". (Barboza, Andrade, 2020)

Esta etapa del neoliberalismo, articulada con la redemocratización y acompañada de la conversión de la socialdemocracia a este modelo, se extendió rápidamente en América Latina, teniendo su principal expresión en la conversión neoliberal del peronismo. Menem, poco después de las elecciones, aplicó políticas neoliberales en Argentina con el apoyo de los mayores oponentes históricos del peronismo, oponiéndose a su promesa de un "shock productivo" siguiendo las líneas peronistas clásicas. Corrientes como el PRI mexicano, el peronismo y Acción Democrática en Venezuela comenzaron a adoptar modelos de ajuste fiscal, estabilidad monetaria, desregulación, privatización y apertura de las economías al mercado internacional, con políticas recomendadas por el FMI y el Banco Mundial. Además de Menem en Argentina, podemos ejemplificar esta conversión de fuerzas de centro izquierda a modelos liberales con los gobiernos de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo en México, y el de Fernando Henrique Cardoso en Brasil.

En el caso brasileño, la consolidación de las políticas neoliberales se intensificó, en forma y fondo, durante las dos administraciones de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), quien incrementó la implementación de medidas de ajuste fiscal y monetario, fortaleció la apertura de la economía y llevó a cabo una intensa reestructuración del aparato del Estado, según directrices establecidos por el Plan Maestro de Reforma del Estado (PDRE), profundamente alineado con las formulaciones de Bresser Pereira, entonces jefe del Ministerio de Administración y Reforma del Estado (MARE). El discurso se centró en la acusación del carácter "atrasado" y "despilfarrador" de la Constitución de 1988 y la

necesidad de superar el legado tradicional, burocrático y centralizado de la administración pública, considerando el agotamiento de la “estrategia nacionalizadora”.

Los efectos sobre el proletariado fueron perjudiciales. El aumento del desempleo, así como la precariedad de las relaciones laborales y de las condiciones de vida de la mayoría de la población, crearon un terreno fértil para el discurso contra los “privilegios” de los servidores públicos, intimidando también a los trabajadores con cierta estabilidad en el sector privado. Así, importantes segmentos del movimiento sindical quedaron a la defensiva y la fragmentación de la clase trabajadora aumentó. Mientras tanto, la cohesión del bloque burgués aumentó, beneficiándose de la mayor explotación de la fuerza laboral, la mercantilización de una gama cada vez más amplia de actividades y el asalto a los fondos públicos. (Barboza, Andrade, 2020: 314)

El alto costo social de las estrategias “maximalistas” que guiaron la implementación de las reformas económicas neoliberales, junto con la consiguiente reducción de la sindicalización y del poder de negociación de los sindicatos, erosionaron las bases económicas, organizativas e ideológicas de las clases subalternas y tuvieron un impacto negativo sobre su capacidad de movilización y participación y apoyo a partidos políticos comprometidos con políticas sociales redistributivas. Las consecuencias de este proceso no tardaron en aparecer. Si se analizan únicamente los dos principales “campos de experiencia”, se puede ver que la economía de Chile abandonó su nivel intermedio de desarrollo industrial, respaldado por el Pacto Andino, y volvió a importar masivamente productos industrializados. A nivel social, sus índices fueron empeorando paulatinamente. En Bolivia, el precio pagado por controlar la inflación fue el desmantelamiento de su economía minera, dejando desempleados a decenas de miles de sus trabajadores (Laurell, 1992).

La segunda mitad de los años 1990 estuvo marcada por el inicio del agotamiento de este potencial hegemónico, donde se hicieron más evidentes las inestabilidades derivadas de la amplia apertura al mercado internacional, los déficits en las balanzas comercial y de pagos y los desequilibrios sociales (con altas tasas de desempleo) generados por este proceso. Un período de crisis se intensificó en la región latinoamericana (la más profunda desde 1930), precedido por la crisis mexicana de 1994, y reflejado en la crisis argentina y la dolarización en Ecuador y El Salvador.

La tendencia global de pobreza generalizada y un aumento alarmante de la desigualdad económica y social se ha hecho más notoria en América Latina. En análisis realizados por el PNUD (1992: 87), se muestra que, en 1960, los ingresos del 20% más rico de la población eran treinta veces superiores a los ingresos del 20% más pobre. Al analizar los mismos datos de 1990, se encontró que las cifras se duplicaron: los ingresos del 20% más rico de la población pasaron a ser 59 veces superiores a los ingresos del 20% más pobre.

Este fenómeno alcanzó incluso a países como Chile, donde, supuestamente, el modelo neoliberal habría logrado su éxito más llamativo. El fracaso del modelo de ajuste chileno tan elogiado por el Banco Mundial y el FMI es suficientemente ilustrativo: en 1988 – quince años después de que comenzara el experimento liberal en el país – el ingreso per cápita y los salarios reales eran todavía poco superiores a los de 1973, a pesar de los altos niveles de desempleo sufridos por los trabajadores (15% promedio entre 1975 y 1985, con un pico del 30% en 1983). En el bienio 1985-86, la participación de los asalariados en el ingreso nacional fue del 34,8%; en 1992-93 esta proporción cayó al 33,4%. Entre 1970 y 1987 el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza aumentó del 17% al 38%, y en 1990 el consumo per cápita de los chilenos era incluso inferior al que habían alcanzado en 1980. En la primera vuelta del gobierno democrático, a pesar de habiéndose reducido la pobreza al 27%, esta cifra era todavía casi el doble de la que existía al inicio del gobierno de Salvador Allende (Bermúdez, 1996; Meller, 1992).

Soares (2001) reporta cómo la degradación de los niveles de pobreza en América Latina se convierte en un tema que no debe ser ignorado, dado el crecimiento en el porcentaje de personas extremadamente pobres o indigentes. Poco menos de la mitad de la población latinoamericana vivía por debajo del umbral de pobreza, es decir, sobrevivía con menos de dos dólares al día. En Brasil, el porcentaje de la población que vivía en estas condiciones era del 23,5% a finales de los años 1990, seguido de tasas también significativas en otros países, como el 47% en Honduras, el 15% en México, el 26% en Panamá y el 44% en Nicaragua. En el período marcado por la aplicación generalizada de políticas de ajuste fiscal y

desregulación económica, la tasa de pobreza de la región aumentó del 35% en 1982 al 44% en 2002 y la tasa de indigencia aumentó del 15% al 20% respectivamente. La crisis de desempleo, que comenzó en 1995, alcanzó alrededor del 10%, para un total de 18 millones de personas. Las consecuencias de este escenario se hicieron evidentemente observables:

La pobreza fue la principal causa de muerte en la región, con aproximadamente 1 millón y 550 mil muertes al año. Los niños, los más vulnerables, son los primeros afectados: 2.000 de ellos mueren cada día a causa de la pobreza. Además, se ha observado una tendencia cada vez peor hacia la reducción del peso al nacer. Las mujeres también se ven particularmente afectadas: actualmente, en la Región, el 40% de las familias están encabezadas por mujeres. Millones de mujeres se encuentran en lo que el “Comité de Crisis Poblacional”, con sede en Washington, describe como “una situación de pobreza, impotencia y hambre”. Muchos de ellos, señala la ONU (1990), pagaron gran parte de la carga del ajuste [...] aumentando la producción para el consumo doméstico, las horas de trabajo, durmiendo menos y frecuentemente comiendo menos (Soares, 2001: 40).

Los impactos sociales, políticos y económicos de esta crisis marcaron el futuro de la región, debilitando la legitimidad política e ideológica de la que disfrutaba el neoliberalismo. La incapacidad de las políticas neoliberales puestas en práctica profundizó la crisis social existente, sin lograr retomar el desarrollo ni alcanzar la estabilidad política, generando una serie de crisis institucionales. Si bien en su apogeo todos los gobiernos que estaban dispuestos a adoptar los preceptos neoliberales lograron ser elegidos y reelegidos – como ocurrió en los casos argentino (Carlos Menem) y brasileño (Fernando Henrique Cardoso) –, en el siguiente escenario la situación se revirtió, porque con su “agotamiento”, quienes asumieron y mantuvieron este modelo rápidamente perdieron su legitimidad – como en el caso de Fernando de la Rúa, en Argentina – o se agotaron – en los ejemplos de Vicente Fox, en México, y Sánchez de Losada, en Bolivia (Sader, 2003).

Paralelamente a este proceso, la izquierda, que antes presentaba un cuadro de derrota tanto por la impotencia como por el cambio ideológico al neoliberalismo – y cuyas fuerzas sobrevivientes fueron el PRD en México, el PT (Partido de los Trabajadores) en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay – comenzó a ganar fuerza con el surgimiento de nuevas formas de resistencia, principalmente después del levantamiento zapatista en Chiapas, México, en 1994. Las victorias electorales de Hugo Chávez en Venezuela y Lúcio Gutiérrez en Ecuador, además del alto porcentaje de votos de Evo Morales en Bolivia y el Frente Amplio para las Elecciones de 2004 en Uruguay, reveló la capacidad de transformar la fuerza del movimiento popular en una fuerza político-institucional en este nuevo período. El caso de Lula en Brasil se configuró no sólo como resultado de esta fuerza, sino también como producto de una política de alianzas construida durante su candidatura. Los triunfos electorales de bloques de fuerzas que nacieron y se desarrollaron en confrontación con el modelo neoliberal evidenciaron el creciente descontento social hacia este modelo, abriendo la posibilidad de un nuevo intento de salida de la izquierda (tras el fracaso de 1973) a la hegemónica crisis en la región (Sader, 2003).

Sin embargo, entre el fracaso de un modelo y su sustitución efectiva por otro puede pasar un lapso de tiempo muy grande y dilatado, donde se requiere un estado de conciencia que aún no se ha verificado en la mayoría de las sociedades capitalistas, y que exige la existencia de una propuesta política que sea percibida socialmente como una alternativa al status quo. Esta debilidad de la izquierda y de las fuerzas de resistencia latinoamericanas para afrontar la tarea de superar la era neoliberal resultó ser un desafío en la región, considerando que dichas fuerzas no lograron llenar el vacío entre el agotamiento del actual modelo hegemónico y la capacidad de para construir alternativas al mismo.

En otras palabras, incluso apoyadas por el descontento popular con las alternativas de las elites, estas fuerzas fueron incapaces de constituir un proyecto alternativo para componer el nuevo bloque de poder, y muchas de ellas – como en los casos de los gobiernos de Lula en Brasil y Lúcio Gutiérrez en Ecuador – demostró más elementos de continuidad que de ruptura con el modelo hegemónico, caracterizado por fuerzas que no supieron o no pudieron superarlo.

Pero específicamente en el caso brasileño, la incapacidad de las políticas neoliberales puestas en práctica profundizó la crisis social existente y aumentó la inestabilidad institucional. Presionados por el resurgimiento de luchas sociales *antisistémicas* surgidas de la crisis de las políticas neoliberales de

primera generación, los sectores dominantes abiertos a la revisión del Consenso de Washington lograron atraer a importantes sectores de sus antagonistas a su bloque de poder, conformando un proceso transformista que contribuirá para configurar la llegada del Partido de los Trabajadores a la presidencia de la República en 2003. Si, durante su formación y desarrollo como partido de oposición, el PT señaló al neoliberalismo como uno de los principales obstáculos para mejorar las condiciones de vida del pueblo brasileño, al llegar al poder, presenta una alternativa que en realidad se ha convertido en un instrumento eficiente para renovar el orden neoliberal en Brasil, proponiendo realizar un posible desarrollo dentro de marcos neoliberales y reducir el protagonismo del capital extranjero y de la burguesía asociada a él. Esta estrategia aseguró que, entre 2002 y 2014, la disputa política nacional se redujera a disputas electorales entre el social-liberalismo y el neoliberalismo ortodoxo, con la victoria del PT contra los candidatos del PSDB garantizando el mantenimiento de la primera opción, bajo la base de un estrategia democrático-popular.

Como forma de justificación de la continuidad de la ortodoxia de la política económica neoliberal, los gobiernos del PT perpetuaron un discurso oficial de que estábamos al borde del abismo, en una especie de “estado de emergencia permanente”, lo que implicaba (incluso para el Partido de los Trabajadores) la necesidad de tomar las medidas más duras posibles [...]: aumentar el superávit primario más allá del requerido por el FMI; posible aumento del ya muy elevado tipo de interés básico; reorientación de recursos que podrían utilizarse en inversiones públicas para pagar el servicio de la deuda; privatizaciones de centrales hidroeléctricas, puertos y carreteras; aprobación de Leyes que beneficiaron fundamentalmente al Agronegocio (como la Ley de Bioseguridad, que autorizó la comercialización de OGM); recortes en las inversiones sociales y el “equilibrio de las cuentas públicas” a través del mecanismo de Desvinculación de Ingresos de la Unión (DRU); entre otras estrategias (Barboza, Andrade, 2020: 317-318)

Tras el golpe institucional-legal-parlamentario-mediático que destituyó al presidente en 2016, se inició un breve pero intenso período de restauración del neoliberalismo ortodoxo con Michel Temer (PMDB), cuyo gobierno logró aprobar una serie de medidas antipopulares, ancladas en el importante apoyo político que obtuvo gracias a la construcción de una base parlamentaria fuerte. Entre los ataques más significativos, se instituyó el llamado “Nuevo Régimen Fiscal” que establece limitaciones presupuestarias para las políticas públicas por 20 años, donde el gasto primario del presupuesto público se limita a la variación inflacionaria. Después se produjo la contrarreforma de la educación secundaria que, según Frigotto (2021)

[...] liquida el sentido y el derecho de la educación básica, mediante itinerarios formativos donde, en la práctica, la mayoría quedará atrapada en una educación técnica y profesional no caracterizada. Habrá generaciones mutiladas en su formación y no preparadas para la ciudadanía consciente y para el proceso productivo bajo las bases científicas y técnicas actuales.

Otra ofensiva de este gobierno resultó en la aprobación de la Ley de Reforma Laboral, que modificó más de 200 puntos de la CLT. Guiada por el discurso de la “necesidad de generar nuevos empleos”, la citada Ley, de hecho, atacó fuertemente las fuentes de financiación de las entidades sindicales y también aumentó la precariedad de los empleos al facilitar la creación de nuevas modalidades de contratación, flexibilizar de forma radical los derechos laborales, reducir potencialmente los salarios y reducir drásticamente los márgenes de negociación.

Sin embargo, los objetivos de recuperación económica y restablecimiento de la acumulación no fueron alcanzados por el gobierno de Michel Temer como deseaban los distintos sectores del capital. Los trágicos niveles que afectaron los indicadores sociales derivaron en una fuerte crisis económica, política e institucional que generó un escenario de altos niveles de desempleo, inseguridad e inestabilidad.

4. Escalada autocrática y proceso de fascistización en Brasil: el Gobierno de Bolsonaro

Octavio Ianni (1998: 113) nos advirtió que, bajo el neoliberalismo, se recrean y favorecen las condiciones y los ingredientes del *Nazifascismo*. La fábrica de tensiones, fragmentaciones y contradicciones construidas y agravadas por las ideologías y prácticas del neoliberalismo – en la que se producen y reproducen “grupos y clases subalternos, subclases, desempleo estructural, pauperismo y lumpenización” – es la misma fábrica de tensiones, fragmentaciones y contradicciones en las que se producen y generalizan las ideologías, organizaciones y prácticas nazi-fascistas. De ahí que “[...] las demandas, protestas y luchas sociales, muchas veces mezcladas con etnicismo, xenofobia, racismo, sexismo, fundamentalismo y otras expresiones de desigualdades sociales, se multiplicaron en todo el mundo”.

Son estas coyunturas de crisis (no sólo económicas, sino también con sus componentes políticos e ideológicos) las que permiten la germinación y el desarrollo de diferentes formas y expresiones de ideologías, movimientos, gobiernos y líderes políticos de extrema derecha, ya sean de naturaleza fascista o no, debido a la incapacidad estructural del capitalismo para incorporar los intereses de los “de abajo”. (Filgueiras; Druck, 2019). Como explica Poulantzas (1972), tales crisis, que pueden conducir y resultar en diferentes formas de Estado de Excepción, surgen de la profundización y exacerbación de las contradicciones internas entre las clases dominantes y las fracciones de clase.

Para comprender la dimensión de la realidad que vivimos en el período actual, las amenazas que se están creando y las posibles acciones para combatirlas, es necesario distinguir entre fascismo y fascistización.

Konder (2009: 53) explica que el concepto de fascismo no puede reducirse a una dictadura o al autoritarismo, así como no todo movimiento reaccionario y no toda represión aplicada a favor del mantenimiento de intereses de clase son sinónimos fascistas – lo que revela la importancia de utilizar el concepto de fascismo con el debido rigor científico para un análisis privilegiado, realista y diferenciado de los movimientos de las fuerzas que le son contrarias. De esta manera, define el fascismo como un movimiento político de contenido social conservador, “chovinista, antiliberal, antidemocrático, antisocialista, antiobrero”, disimulado por una fantasía “modernizadora”, impulsada por ideologías pragmático-radicales, que utiliza mitos irracionalistas y se concilia con “procedimientos racionalistas-formales de tipo manipulador”.

Su fuerza impulsora es una “ideología heterogénea”, marcada por un discurso crítico superficial y extremadamente conservador sobre la economía capitalista y la democracia burguesa. Esta ideología se compone de diferentes elementos donde es posible resaltar la amenaza comunista que es necesario aniquilar, la veneración de la violencia, el nacionalismo surgido del autoritarismo y el conservadurismo y la politización de los prejuicios en sus diferentes vertientes, como el racismo y el machismo (Boito Jr., 2019).

Alejándose de una visión historicista que limitaría el fascismo a un período histórico particular, Togliatti (1978) y Poulantzas (1972) afirmaron que el fascismo no debe ser considerado como algo fijo, un esquema o un modelo limitado a los años 20 y 30 del siglo XX, o geográficamente confinado a dos formaciones sociales europeas, debe analizarse más bien como algo en desarrollo, como consecuencia de una serie de relaciones económicas y políticas reales, resultantes de factores reales, la situación económica, la lucha de masas⁶. El análisis de la posibilidad del ascenso y consolidación del fascismo en diferentes períodos históricos puede guiarse por los aportes de Poulantzas (1972) y su propuesta para la periodización política del proceso de fascistización. A partir de los casos concretos de la constitución del fascismo como forma de régimen en Alemania e Italia, Poulantzas observa una cierta dinámica política que se desarrolla a través de algunas etapas, abordando las diferentes dimensiones del proceso político y su conexión con las luchas entre clases y fracciones de clase.

⁶ Ianni (1998: 13) comparte un análisis cercano a esta comprensión, afirmando que “la cultura nazi-fascista no puede verse como algo exclusivo de la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y el Japón de Hiroito. También se reveló en Austria, Francia, Inglaterra, España, Portugal, resonando incluso en países latinoamericanos, asiáticos y africanos. Se formó en una situación global de crisis social de amplio alcance, que abarcaba la economía, la política y la cultura, durante la década de 1920 y continuó en las décadas siguientes”.

Como explica Bezerra (2019), la fascistización puede entenderse como un proceso que, de manera constante y progresiva, cosifica diferentes acciones políticas y jurídicas y manifestaciones ideológicas que ratifican las tácticas y/o principios políticos, organizativos y filosóficos del fascismo clásico, sin que este proceso necesariamente corresponda o esté asociado con todas las dimensiones del fascismo.

La actitud protofascista es precisamente la que se pone a la vanguardia de la defensa de la cultura fascista, ya sea mediante una acción directa como un ataque, o mediante la defensa vehemente de los principios filosóficos del fascismo. Los protofascistas son los precursores que operaban la agitación y propaganda de esta ideología, que podía ser un partido político específico, un grupo de parlamentarios, un vehículo de información y comunicación de masas, personas con cierto prestigio local, organizaciones políticas diversas como clubes, oficiales de reserva e incluso autoridades religiosas. Es importante resaltar que la cultura fascista siempre ha estado presente en la ideología conservadora, en mayor o menor medida, y actualmente se ha planteado como una táctica para establecer una nueva sociabilidad del Capital que pueda brindar condiciones para mantener las estructuras de poder frente a las inevitables contradicciones que tienden a acumularse como efectos de los ataques económicos y políticos bajo los escombros del Estado actual.

Fernandes (1981) también destaca la necesidad de no descuidar otras formas de fascismo de menor refinamiento ideológico, que se basan fundamentalmente en la monopolización de clase del poder estatal y una forma de “totalitarismo de clase”; y que, en el escenario de desarrollo capitalista asociado y dependiente latinoamericano, uno de los procesos políticos importantes que se pueden observar es el uso estratégico del espacio político que se organiza y dirige para ajustar el Estado y el gobierno a una concepción claramente totalitaria del uso del poder, proyectándolos en una intensa y permanente tendencia de fascistización en todos los niveles de funciones y procesos de toma de decisiones en los que participan. Tales análisis pueden complementarse con las declaraciones de Leandro Konder (2009) quien, al reflexionar sobre la situación de los años 1970, ya señalaba que:

Las actuales condiciones de lucha no alientan al capital financiero a correr el riesgo de apoyar a partidos de masas, capaces de enarbolar en las calles banderas con esvásticas: es preferible intentar manipular a la mayoría silenciosa, que discretamente se queda en casa, entregada a el consumo de coca cola y la televisión. Se empiezan a inculcar nuevas normas de conducta política bajo el pretexto de actitudes apolíticas. Las circunstancias exigen que los fascistas sean más prudentes y discretos de lo que les gustaría. Pragmáticamente se adaptan a las exigencias de los nuevos tiempos. Pero continúan trabajando incansablemente, preparándose para tiempos “mejores”, que les permitirán tener mayor ingenio (Konder, 2009: 112)

En Brasil hemos vivido recientemente un nuevo momento de crisis de la democracia burguesa marcado por un proceso de fascistización. El desenlace político derivado de la compleja situación que involucró la experiencia del PT de gobiernos de conciliación de clases, el golpe de 2016 y el ascenso del gobierno de Bolsonaro, cimentó un conjunto de transformaciones estructurales que dieron lugar a determinaciones significativas en la composición de las fuerzas sociales que lucharon en el escenario brasileño.

La aparición y el refuerzo, bajo nuevas formas, de los rasgos más regresivos de nuestra herencia histórica fue la consecuencia más dañina de esta crisis. La crítica “antisistémica” desde una perspectiva antipolítica, anticomunista y conservadora-cristiana cobró fuerza en un escenario donde la combinación de la ortodoxia liberal y el refuerzo de las intervenciones antidemocráticas y antipopulares fue el principal pilar que dirigió los objetivos de restablecer las tasas de rentabilidad. Dentro de este proceso político, agentes internos del Poder Judicial y del Ministerio Público actuaron al servicio de una especie de alianza entre los intereses de los grandes empresarios/rentistas representantes del capital y los intereses de segmentos evangélicos neopentecostales representativos de la moral religiosa, construyendo así los “peldaños” necesarios para la ascensión al Planalto del gobierno de extrema derecha de Jair Bolsonaro y la implementación de un programa ultraliberal encabezado por su ministro de Economía, Paulo Guedes.

A partir de entonces, se eleva a otro nivel tanto la escalada autocrática profundizada tras el golpe de 2016 (que pretendía eliminar todas y cada una de las perspectivas de izquierda de los procesos políticos) como la radicalización de la agenda sociocultural-educativa moralista (a través de un movimiento reaccionario que pretendía combatir comunismo y restaurar los valores sociales y familiares tradicionales, con la difusión de prácticas autoritarias y punitivas, ataques a los derechos humanos, el culto a la violencia, los discursos racistas, sexistas, misóginos y lgbtfóbicos, además del negativismo y el irracionalismo).

El gobierno de Bolsonaro se fusionó en torno a dos ejes principales: 1) la aplicación de un programa ultraliberal que elimina progresivamente los controles políticos sobre el movimiento de capital, destruye políticas y programas sociales dirigidos a demandas populares, elimina derechos laborales y aniquila las ya pocas restricciones a la degradación ambiental; 2) un reordenamiento del Estado brasileño, con claras huellas de fascistización, donde, por un lado, se produce una reconfiguración del formato constitucional e institucional del Ejecutivo – a través de Enmiendas Constitucionales, Medidas Provisionales, Decretos, leyes y otros subterfugios administrativos – y, por otro lado, se refuerza el control militar sobre el gobierno, en la eliminación del espacio político de las organizaciones vinculadas al mundo del trabajo y en la perspectiva represiva basada en el refuerzo material, institucional e ideológico de la violencia policial como principal mecanismo de control político y social – bajo el cual los órganos de control, información, represión y violencia estatal comenzaron a ser sometidos ante la reanudación de prácticas de mando dictatoriales (Fontes, 2019; Maciel, 2019).

Estas características corroboran los análisis de Theotônio dos Santos (2018: 88-89) de que “la polarización entre liberalismo y fascismo, a pesar de ser real y expresar distintas etapas del capitalismo, no es absoluta. Tampoco es absurdo pensar en un régimen mixto entre fascismo y liberalismo político, en el que predomine tal o cual aspecto”, pues el fascismo sigue siendo una expresión extrema de los elementos constitutivos del orden capitalista liberal, y “un Estado fascista no se diferencia del Estado liberal en su esencia, sino en su forma, que es importante pero no decisiva”. En este sentido, la madurez y la capacidad de llegar al poder de elementos que expresan tendencias fascistas sólo son posibles cuando obtienen el apoyo del gran capital y se someten a su estrategia general.

Sin duda, podemos decir que el Gobierno de Bolsonaro, con claras tendencias fascistas, logró poner nuevamente en escena (y con más vigor y rapidez en su implementación) un programa político-económico que responde a los intereses del gran capital imperialista y su burguesía asociada y dependiente, a partir de los siguientes fundamentos: a) intensificación de las medidas de austeridad que reduce la financiación de las políticas universales de salud, educación y asistencia; b) la ley de libertad económica – apodada “Minireforma laboral” (ley 13.874/19) – que, bajo el camuflaje de la “desburocratización”, intensifica la precariedad y los ataques contra la clase trabajadora actuando en tres ejes distintos: la eliminación de derechos laborales, la reducción de la protección de la seguridad y la salud de los trabajadores y la reducción de las garantías existentes para los créditos laborales; c) la (contra)reforma de la seguridad social (Enmienda Constitucional 103/2019), que dismantela todo el sistema de protección social previsto en la Constitución Federal de 1988 y socava radicalmente los principales pilares de las prestaciones de la seguridad social: dificulta el acceso a la jubilación, aumentando la edad mínima y el tiempo de cotización, al tiempo que reducen los ingresos de los trabajadores, reduciendo el valor de la prestación; d) la entrega de activos públicos a empresas privadas extranjeras, con el gobierno anunciando la privatización de 17 empresas públicas - entre ellas Petrobras, Eletrobrás, Telebrás, Correios y Casa da Moeda; e) el cambio en el marco regulatorio petrolero y la disrupción de su cadena productiva, además de la entrega del *pre-sal*⁷ a corporaciones multinacionales; f) la propuesta de reforma administrativa contra el servicio y los servidores públicos (PEC 32/2020), que en realidad consiste en dismantelar al Estado en su obligación y responsabilidad de satisfacer las necesidades básicas de la población. Entre varios cambios, la liberación y generalización de la subcontratación abre el camino a la privatización de un amplio espectro de actividades públicas, lo que significa que servicios públicos fundamentales (como educación, salud, seguridad social, asistencia social, entre otros) dejan de ser derechos y están totalmente mercantilizados, inicialmente a través de

⁷ La capa presal comprende una extensa área de reservas de petróleo depositadas en el fondo del océano ubicadas en las cuencas sur y sureste de Brasil.

organizaciones sociales y servicios sociales autónomos, y más tarde mediante contratación directa del sector privado rentable o mediante la entrega de un bono.

Los costes sociales de estos desequilibrios pronto aparecieron: a finales de 2019 (es decir, antes de la intensificación de la crisis generada por la pandemia) la precariedad laboral ya alcanzaba niveles alarmantes: había 12,6 millones de personas desempleadas, 27,6 millones subutilizadas y 38,4 millones de trabajadores informales (IBGE, 2019). En consecuencia, el escenario que se ha propiciado en el mundo del trabajo brasileño se caracteriza por condiciones laborales cada vez más precarias, con la desarticulación de los trabajadores a través de los vínculos informales, las jornadas laborales no reguladas, sin entidades representativas y marcadas por el fenómeno de la “*pejotización*”⁸.

Cuando la pandemia de COVID-19 comienza a asolar el país con un virus altamente contagioso que causa miles de muertes, la verdadera faceta autocrática del gobierno de Jair Bolsonaro se revela de manera más brutal en su combinación del pragmatismo de la ortodoxia ultraliberal y la miseria de razón neofascista. El gobierno no brindó adecuadamente acceso a la salud y a la protección social, y la falta de efectividad de las políticas públicas combinada con el negacionismo científico *bolsonarista* sacó a la luz un terrible escenario de retrocesos y contribuyó a cobrar la vida de varias personas (Matos, 2022). Bajo una lógica depredadora del capital que lleva a la humanidad a la barbarie, la crisis sanitaria agravada por el Covid-19 demostró todos los rasgos de una pandemia de clase, raza y género: la población negra, los pueblos indígenas y *quilombolas*, las mujeres, la comunidad LGBTQIA+, los residentes de las favelas y barrios marginados de la periferia fueron los más drásticamente afectados por esta crisis sanitaria, que alimentó el agravamiento de la crisis económica y social, provocando una exacerbada precariedad en las condiciones de vida (Evangelista, 2022).

Como afirma Behring (2021: 200), el fenómeno del *bolsonarismo* es la manifestación de un proyecto de extrema derecha en Brasil, marcado por rasgos fascistas. Un período histórico permeado por retrocesos éticos, morales, políticos, sociales y económicos, con un proyecto basado en el individualismo, “la desecularización del Estado y un amplio menú de devaluaciones”. Desde esta perspectiva, el bolsonarismo a través de una estética antimoderna y antiuniversal demuestra, diariamente, su incansable esfuerzo por mantener los privilegios de la burguesía internacional y de la burguesía brasileña asociada a ella. Además,

[...] su condescendencia hacia los nuevos escuadrones de la muerte, las milicias, el fomento de la violencia policial como declaración corporativa y el anticomunismo tomado como patriotismo se transforma en una estética del antisistema [...]. Este sentido de crítica antisistema, pero reaccionaria, es lo que establece puentes entre el neofascismo y los trabajadores empobrecidos, en Brasil y en todo el mundo (Branco, 2021).

5. Consideraciones finales

Antonio Gramsci (2002: 184), en su momento, se refirió a situaciones similares y a todos los peligros mórbidos que conllevan, al advertir sobre momentos de crisis en los que “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”. En este interregno fúnebre, advirtió el marxista sardo, “se producen los más variados fenómenos patológicos”. Al centrar nuestra atención en los problemas de nuestro tiempo, con la aparición de todo tipo de fenómenos sociales, políticos y económicos aberrantes – como el apogeo de la especulación financiera a escala planetaria y sus “estafas de mercado”, la conmovedora expansión del racismo, la explosión del fundamentalismo, el antiintelectualismo, el fortalecimiento de la ideología reaccionaria etc. – podemos ver la validez de esta afirmación y prestar atención al carácter extremadamente violento y semibárbaro que asumió la lucha de clases en el país y la descomposición de nuestra sociedad, condiciones similares a las que constituyeron el sustrato para el surgimiento del fenómeno del fascismo en sus moldes “clásicos”, en las primeras décadas del siglo XX.

⁸ Contratar a un trabajador como persona jurídica, específicamente en la modalidad de Microempresario Individual (MEI), mediante un contrato de prestación de servicios, sin que la contratación se realice conforme a las normas de la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT).

Considerando todos estos aspectos, podemos afirmar que el desenlace político derivado de la compleja situación que involucra las estrategias neoliberales iniciadas entre los años 1990 y 2000, la experiencia del PT de gobiernos de conciliación de clases, el golpe de 2016 y el ascenso del gobierno de Bolsonaro cimentaron un conjunto de transformaciones estructurales que dieron lugar a determinaciones significativas en la composición de las fuerzas sociales que luchan en el escenario brasileño. Tales determinaciones nos dejan frente a un nuevo momento de crisis y deterioro de la “democracia vulgar” marcado por un proceso silencioso y encubierto de fascistización.

Coincidimos con la hipótesis de que, durante los años del gobierno de Bolsonaro, estuvo presente una ideología neofascista, un movimiento neofascista y un gobierno en el que los neofascistas disputaban la hegemonía con un grupo militar ligado a un autoritarismo más proclive a otro tipo de dictadura; sin embargo, no se logró la implementación de un régimen político fascista, pues lo que surgió en el país fue “una democracia burguesa deteriorada y en crisis” (Boito Jr., 2019).

Pero creemos que este proyecto momentáneamente inconcluso de la extrema derecha no significa necesariamente el fin del proceso de fascistización que se ha fortalecido en la sociedad brasileña en los últimos años, incluso con la exitosa reanudación de una perspectiva política considerada progresista en el escenario electoral (a través del ascenso de Lula da Silva nuevamente a la presidencia de la República). Dependiendo de qué sectores se fortalezcan en el marco de la actual correlación de fuerzas en la nueva etapa de reanudación del simulacro de democracia - y de la lentitud (o ausencia) en la radicalización de elementos democráticos por parte del actual gobierno - este período de “democracia vulgar” que si se reabre en 2023, puede convertirse en la antesala de un posterior escenario autocrático de organización política que realzará las perspectivas fascistas que aún están fermentando; o, como ya nos había advertido Florestan Fernandes (1981), que impulsará la formación de un nuevo tipo de fascismo con dimensiones más ostentosas, agresivas y dinámicas, modificado por nuevas potencialidades y mucho más peligroso y destructivo.

6. Referencias

- Barboza, D. R. *A construção da democracia (vulgar) no processo da revolução burguesa no Brasil*. (2014). 566 f. (Tese de Doutorado em Serviço Social). Programa de Pós-Graduação em Serviço Social, Faculdade de Serviço Social, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- _____. (2022). “Entre a tempestade sangrenta e a silenciada bonança: a ‘democracia vulgar’” nos processos políticos do Brasil. *Revista Em Pauta*, v. 20, pp. 35-60. Recuperado de: <https://www.e-publicacoes.uerj.br/revistaempauta/article/view/68504>
- _____.; Andrade, C. (2020). “As particularidades do Estado na formação social brasileira: a reiteração da via repressiva de contenção das reivindicações populares”. Em D. R. Barboza, D. R.; J. Botelho (Org.), *Lutas sociais e ofensiva do capital no Brasil contemporâneo: desafios e estratégias de organização da classe trabalhadora*. (pp. 295-33) Uberlândia: Navegando Publicações. Obtido em: <https://www.editoranavegando.com/livro-lutas-sociais-e-ofensiva-do-capita>
- Barroco, M. L. da S. (2022) “Direitos humanos, neoconservadorismo e neofascismo no Brasil contemporâneo”. *Serviço Social & Sociedade*, pp. 12-21. Recuperado de: <https://www.scielo.br/j/ssoc/a/zjrwPzBctDGqj84D74Vg4cv/?format=pdf&lang=pt>.
- Behring, E. R. (2021). *Fundo público, valor e política social*. Cortez.
- Bermúdez, I. (1996). “Luces y sombras de la economía chilena”. *Clarín (Suplemento Econômico)*
- Bezerra, F. (2019) “O atentado e a fascistização da sociedade”. *PCB*. Recuperado de: <https://pcb.org.br/portal2/24595>.
- Boito Jr., A. (2019). “O neofascismo já é realidade no Brasil”. *Brasil de fato*. São Paulo. Recuperado de: <https://www.brasildefato.com.br/2019/03/19/artigo-or-o-neofascismo-ja-e-realidade-no-brasil>.
- Boron, A. (2001). “A nova ordem imperial e como desmontá-la”. Em Seoane, J. y Taddei, E. (orgs.). *Resistências mundiais: de Seattle a Porto Alegre*. (pp. 37-88). Petrópolis, RJ: Vozes.
- Branco, J. (2021). “O neofascismo e a estética da destruição”. *Brasil de Fato*. Recuperado de: <https://www.brasildefato.com.br/2021/08/03/o-neofascismo-e-a-estetica-da-destruicao>.
- Braz, Marcelo y Netto, J. P. (2007). *Economia política: uma introdução crítica*. 3. ed. São Paulo: Cortez.

- Chaui, M. (2016). “A nova classe trabalhadora brasileira e a ascensão do conservadorismo”. En: I. Jinkings, K. Doria, M. Cleto (orgs.). *Por que gritamos golpe?: para entender o impeachment e a crise*. (pp. 15-22), São Paulo: Boitempo.
- Chesnaïs, F. (1996). *A mundialização do capital*. São Paulo: Xamã.
- _____. (coord). *A mundialização financeira: gênese, custos e riscos*. São Paulo: Xamã, 1998.
- _____. “Por trás do discurso sobre a mundialização ‘inevitável’”. (2000). Em Carrion, R. K. M. y Vizentini, P. F. (Orgs.). *A crise do capitalismo globalizado*. Porto Alegre: Editora Universidade/UFRGS.
- Cueva, A. (2020). “A questão do fascismo”. *Lavra Palavra*. Recuperado de: <https://lavrpalavra.com/2020/07/02/a-questao-do-fascismo/>.
- Evangelista, A. P. (2022). “Negros são os que mais morrem por covid-19 e os que menos recebem vacinas no Brasil”. *Escola Politécnica de Saúde Joaquim Venâncio*. Recuperado de: <https://www.epsjv.fiocruz.br/podcast/negros-sao-os-que-mais-morrem-por-covid-19-e-os-que-menos-recebem-vacinas-no-brasil>.
- Fernandes, F. (1981). *Poder e contrapoder na América Latina*. Zahar, 1981.
- Filgueiras, I.; druck, g. (2019). “Para entender a conjuntura: neoliberalismo, neofascismo e burguesia no Brasil”. *Le Monde Diplomatique Brasil*. Recuperado de: <https://diplomatique.org.br/para-entender-a-conjuntura-neoliberalismo-neofascismo-e-burguesia-no-brasil/>.
- Fontes, V. (2019). “O protofascismo – arranjo institucional e policialização da existência”. *Revista eletrônica Marxismo 21*, 2019. Recuperado de: <https://marxismo21.org/wp-content/uploads/2017/05/Virg%C3%ADnia-Fontes-O-protofascismo-%E2%80%93-arranjo-institucional-e-policializa%C3%A7%C3%A3o-da-exist%C3%Aancia.pdf>.
- Frigotto, g. (2021) “Brasil: a violência do mercado e do Estado como signos da sociabilidade”. *Brasil de Fato* (Opinião): São Paulo. Recuperado de: <https://www.brasildefato.com.br/2021/08/31/artigo-brasil-a-violencia-do-mercado-e-do-estado-como-signos-da-sociabilidade>.
- Gramsci, A. (2002). *Cadernos do Cárcere*. v.3 – Maquiavel, notas sobre o Estado e a Política. Civilização Brasileira.
- Harvey, D. (2005). *Condição pós-moderna*. 14. ed. São Paulo: Loyola.
- Houtart, F. (2001). “A mundialização das resistências e das lutas contra o neoliberalismo”. Em Seoane, J. y Taddei, E. (orgs.). *Resistências mundiais: de Seattle a Porto Alegre*. (pp. 89-98). Petrópolis, RJ: Vozes.
- Husson, M. (1999) *Miséria do capital*. Lisboa, Terramar.
- _____. (2006). “Mundialização: novo horizonte do capitalismo”. *Margem esquerda*, São Paulo, n.8, pp. 2-12.
- Iamamoto, M. V. (2007). *Serviço Social em tempo de capital fetiche: capital financeiro, trabalho questão social*. São Paulo: Cortez.
- Ianni, O. (1998). “Neoliberalismo e nazi-fascismo”. *Crítica Marxista*, v.1, n.7 (pp. 112-120), São Paulo: Xamã.
- Konder, L. (2009). *Introdução ao Fascismo*. Expressão Popular.
- Laurell, A. C. (1992). “La política social en el proyecto neoliberal. Necesidades económicas y realidades sócio-políticas”. *México: Cuadernos Medico-Sociales*, no. 60.
- Maciel, D. (2019). “Governo Bolsonaro, ameaça fascista e luta socialista”. *Revista eletrônica Marxismo 21*, 2019. Recuperado de: <https://marxismo21.org/wp-content/uploads/2017/05/David-Maciel-Governo-Bolsonaro-amea%C3%A7a-fascista-e-luta-socialista.pdf>.
- Mandel, E. (1982). *O capitalismo tardio*. S. Paulo, Abril.
- _____. (1990). *A crise do capital*. Os fatos e sua interpretação marxista. São Paulo: UNESP/Ensaio.
- Matos, T. (2022). “Negacionismo fatal: Estudo comprova impacto da falta de coordenação federal na alta mortalidade por covid no Brasil”. *O Dia*. Recuperado de: <https://odia.ig.com.br/mundo-e-ciencia/coronavirus/2022/03/6363055-negacionismo-fatal-estudo-comprova-impacto-da-falta-de-coordenacao-federal-na-alta-mortalidade-por-covid-no-brasil.html>.
- Meller, P. (1992). *Latina American Adjustment and Economic Reforms: Issues and Recent Experience*. CIEPLAN.

- Netto, J. P. (2007). “Desigualdade, pobreza e Serviço Social”. *Revista em Pauta* (Revista da Faculdade de Serviço Social da Universidade do Estado do Rio de Janeiro). São Paulo, (n. 19), 135-170.
- Poulantzas, N. (1972). *Fascismo e ditadura*. Portocalense Editora.
- Ramos, G. A. (2020). “Bolsonarismo, conservadorismo e direitos humanos: analisando o papel da ideologia política como condicionante ao pleno exercício dos direitos humanos no Brasil contemporâneo”. *Mural Internacional*, v. 11, p. 48071,. Recuperado de: <https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/muralinternacional/article/view/48071>.
- Sader, E. (2003). *A vingança da história*. Boitempo.
- Santos, T. dos. (2018). *Socialismo ou fascismo*. O novo caráter da dependência e o dilema latino-americano. Insular.
- Soares, L. T. R. (2001). *Ajuste neoliberal e desajuste social na América Latina*. Vozes.
- Togliatti, P. (1978). *Lições sobre o fascismo*. Livraria Editora Ciências Humanas.

6. Documentos

- IBGE (Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística). (2019). *Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios Contínua*. Divulgação Especial. Medidas de Subutilização da Força de Trabalho no Brasil. Recuperado de: <https://www.ibge.gov.br/estatisticas/sociais/trabalho/9171-pesquisa-nacional-por-amostra-de-domicilios-continua-mensal.html?=&t=destaques>.
- PNUD (Programa das Nações Unidas Para o Desenvolvimento). *Desarrollo humano*. (1992). Informe 1992. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores.